

## Cuidado con las palabras

*El llamado “lenguaje políticamente correcto” ha llegado también a las ciencias naturales y, como en otros ámbitos, tiende a subvertir el verdadero significado de las palabras.*

Las palabras importan. Los vocablos se refieren a objetos, conceptos o lugares y la comunicación mediante el lenguaje se basa en la existencia de un código compartido gracias al cual todos sabemos a qué se refieren los otros cuando nos dicen “mesa”, “frío” o “mar”. Lo llamamos idioma y está recogido en los diccionarios. Pero este código a veces es subvertido. Podríamos enumerar una larga lista de palabras que han sido destruidas, o están en camino de serlo, por usarse demasiadas veces sin atenerse al código común. Esta subversión del lenguaje puede ser deliberada, como cuando los formadores de opinión quieren eludir palabras que el ciudadano corriente aborrece, como “guerra”, “invasión” o “muerto”, y en su lugar emplean expresiones que incluyen términos más amables como “humanitario”, “libertad” o “daño colateral”. A base de insistir en ese uso torcido, parece que hoy en día ya no hay guerras. Han sido sustituidas por acciones libertadoras y humanitarias, aunque las lleven a cabo los que siempre hicieron las guerras, pertrechados con el mismo instrumental mortífero.

### Bosques y cultivos madereros

Los temas ambientales no se libran de la moda de violentar el lenguaje para inducir a los ciudadanos a pensar lo que a los gobernantes más conviene. La palabra “bosque” nos proporciona un buen ejemplo. Cada verano se queman las plantas que vivían en decenas o cientos de miles de hectáreas de territorio en nuestro país. Se queman millones de plantas concretas e individuales, no son hectáreas cubiertas de una capa verde, indiferenciada y anónima (aunque a veces hablen de “masa”). En ocasiones, las plantas que se queman fueron sembradas allí por el hombre para producir la madera o la pasta de papel que necesitamos, igual que se siembran plantas de trigo o algodón para producir harina o fibras. Otras veces, en cambio, las plantas quemadas llevaban allí siglos, nacidas espontáneamente a partir de unas semillas que, producidas de forma natural, habían llegado acarreadas por el viento o los animales silvestres. Algunas veces las plantas quemadas pertenecen a especies foráneas traídas desde nuestras antípodas, mientras que en otros casos son originarias de la región. En algunos incendios todas las plantas que se queman pertenecen a una única especie y están dispuestas en densas hileras paralelas o de la manera que mejor convino para que los palos fuesen rectos y crecieran lo más rápidamente posible. En otros, en cambio, se queman plantas de decenas de especies, dispues-

tas según reglas dictadas por la naturaleza y no por la producción forestal. En corto, algunas veces se queman simples plantaciones (“terreno en el que se cultivan plantas de una misma clase”, según el *Diccionario* de la Real Academia de la Lengua) de árboles, mientras que otras veces se queman bosques, sotobosques, matorrales y otras formaciones de origen más o menos natural y ricas en especies.

Referirse a todos los casos por igual usando la palabra “bosque”, como tan frecuentemente escuchamos en los noticiarios, es para mí un claro ejemplo de uso sesgado del lenguaje. Llamar “bosque” a un abiótico eucaliptal gallego u onubense, por poner dos ejemplos concretos, quizás esté acorde con la neutra definición que del término hace el *Diccionario* de la Academia (“sitio poblado de árboles y matas”). Pero subliminalmente contribuye a propagar la opinión de que unos millones de árboles de una misma especie sembrados en filas paralelas tienen algún valor para nuestra sociedad más allá del puramente económico (plantación), del que —si los árboles no arden— sólo se beneficiarán quienes los plantaron.

### El mito de la dehesa

Hay ocasiones en las que el mal uso de las palabras referidas a la naturaleza está movido sólo por el desconocimiento. La frecuente asociación entre los vocablos “dehesa” y “sostenible” nos proporciona un ilustrativo ejemplo de esta situación. Uno de los paradigmas más señalados del conservacionismo español desde sus inicios ha sido que la dehesa representa un sistema de uso sostenible, a pesar de los evidentes signos de degradación que muestran la mayoría de las dehesas actuales (sobre todo, el deterioro de su arbolado). En un reciente estudio, Ángel Martín y Rocío Fernández (Departamento de Biología Vegetal y Ecología, Universidad de Sevilla) han demostrado que la idea de la sostenibilidad prolongada de las dehesas posiblemente tuvo su origen en una importante confusión respecto al significado que la palabra “dehesa” ha tenido históricamente. Existen bien documentadas referencias a la existencia de “dehesas” en la península Ibérica desde el siglo X hasta nuestros días. Esta larga persistencia del vocablo “dehesa” en el idioma castellano fue la que alimentó la extendida noción de que las dehesas actuales, como la mostrada en la fotografía, representan un sistema de uso de los recursos realmente sostenible, es decir, “que puede mantenerse por sí mismo sin ayuda exterior ni merma de los recursos existentes y capaz de prolongarse durante siglos” (*Diccionario*





de la Academia). Sin embargo, los dos autores arriba citados nos muestran que el vocablo “dehesa”, aunque efectivamente estuvo vivo y en uso durante siglos, se ha aplicado a lo largo de la historia a distintas formaciones vegetales, por lo que no cabe inferir de la permanencia del vocablo la persistencia del objeto al que hoy se refiere. Durante muchos siglos, la palabra “dehesa” (o su equivalente “defesa”) se usó para describir un terreno cerrado, acotado, usado para el pastoreo de animales (del latín *defensus*, que significa protegido), sin ninguna referencia a un tipo concreto de vegetación, que podía incluir desde matorrales y pastizales diversos hasta bosques más o menos densos de distintas especies. Los bosques abiertos, ajardinados, con árboles dispersos, espaciados regularmente y con un pastizal muy bien desarrollado, como el de la fotografía, son una invención humana relativamente reciente, surgida en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de determinados cambios sociales, económicos y sobre la propiedad de la tierra.

Dehesa de encinas en el Parque Natural Sierra Norte de Sevilla durante la primavera.

Dirección de contacto:  
cmherrer@inlonegocio.com

Estas formaciones vegetales son las que hoy denominamos “dehesas”, pero este vocablo se empezó a aplicar a esos bosques ajardinados hace muy poco, tan solo a comienzos del siglo XX. La antigüedad del vocablo no se compadece, por tanto, con la juventud del tipo de vegetación que describe. La desmitificación puramente lingüística de la palabra “dehesa” como sinónimo de sostenibilidad viene pues a añadirse a la evidencia empírica que hace ya algún tiempo nos venía sugiriendo que las dehesas actuales distan mucho de ser esos sistemas sostenibles y duraderos que a todos nos hubiera gustado que fuesen.

Además de para enseñarnos el cuidado que hay que tener con las palabras, esta historia debería servir también para recordar que necesitamos evaluar el futuro de nuestros encinares y alcornoques ajardinados, ahora que hemos aprendido que su supuesta sostenibilidad era una entelequia apoyada en indicios que no se sostienen. ☘